

# PEDRO PALENCIA

# ¡AQUÍ MANDO YO!

Quando tus padres  
siempre dicen **SÍ**



**PEDRO PALENCIA**

**¡AQUÍ MANDO YO!**

**Cuando tus padres  
siempre dicen SÍ**

© Pedro Palencia, 2024

Edición y fijación del texto: Rafael Ruiz Dávila, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 08034 ,664-662 Barcelona

[www.mrediciones.es](http://www.mrediciones.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta e interior: © Luis Doyague, 2024

Diseño de interiores: María Pitironte

© Recursos de interior: María Pitironte, a partir de los originales de Shutterstock

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-270-5210-9

Depósito legal: B. 2024-491

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 47 04 272 93 / 70 19 702 91.





# ÍNDICE



PRÓLOGO. ¿Felices fiestas?,	10
Capítulo 1. El Museo de Magia,	22
Capítulo 2. Vuelta a las clases,	38
Capítulo 3. Rarezas en el instituto,	52
Capítulo 4. Excursión a la nieve,	68
Capítulo 5. Todo va a peor,	86
Capítulo 6. Un museo vacío y un aeropuerto lleno,	102
Capítulo 7. El viaje,	120
Capítulo 8. La mansión,	134
Capítulo 9. El mago,	148
EPÍLOGO,	166



Prólogo

# ¿FELICES fiestas?

—¡Déjame cogerlo, papá, déjamelo, vaaaaa!

Pedro brincaba de emoción alrededor de su padre. Después de tirarse horas en la cola de la sucursal de Apuestas del Estado, habían comprado un décimo para participar en la lotería de Navidad.

—No, que lo pierdes —respondió Sergio, su padre—. Estás demasiado nervioso.

—Nooooooo... —El vozarrón de Pedro se fue apagando para demostrar que estaba tranquilo—. ¿Ves? Estoy de *chill*, papá.

—Pero *¿para qué lo quieres?* —Su padre lo miró como si estuviera en un interrogatorio policial mientras Isabel, la madre de Pedro, resoplaba ante la situación.

Era 21 de diciembre y el sorteo de Navidad se realizaba al día siguiente, a primera hora. Ese año se les había pasado un poco la fecha para comprar el décimo de lotería, así

que tuvieron que recorrerse todas las administraciones de la ciudad hasta encontrar una, con una cola enorme, que aún disponía de boletos. A Sergio e Isabel no les quedaban ya energías, a diferencia de Pedro, que, en un alarde de destreza, le había quitado el boleto a su padre y ahora daba vueltas su alrededor.

—**Pues, pues...** —El nerviosismo de Pedro iba creciendo—. Pues para imaginar todas las cosas que podría hacer con él.

Pedro miraba fijamente el décimo, con los ojos brillantes y una amplia sonrisa en el rostro.

—Cuando toque, me compraré el *setup gamer* más grande que haya, con una pantalla gigante, gafas VR y... —Hizo una pausa para seguir imaginando—. ¡Ya sé! Un simulador de carreras, pero no solo el volante... ¡Todo el coche! —exclamó.

—Vas muy rápido, **¡no, cariño?** —preguntó algo divertida su madre.

—No, no, no, porque para meter todo eso —siguió Pedro, gesticulando con el boleto en la mano, de acá para allá, como si dibujara las cosas que se le iban ocurriendo—, ¡me compraría un barco!

—**¡Un barco?** —rio su madre.

—O mejor —los ojos se le iluminaron—: ¡un avión! Así, si el barco se hunde, no se me mojarán los periféricos. Y, además, con el avión iría de un lado a otro en un plis plas, así...



—Movié el décimo de lotería como si fuera un avión y, en un tropiezo, se le escapó de la mano y salió volando—. ¡NO!

Pedro gritó mientras daba vueltas como una peonza intentando agarrar el boleto hasta que su padre lo pilló al vuelo. No parecía contento.

—¡Ya está bien de hacer el tonto, Pedro! —le riñó—. Casi pierdes el décimo con tus payasadas.

—**Pero...** —intentó replicar.

—Pero nada —contestó su padre aún mosqueado—. Y deja de hacer la del cuento de la lechera.

—**¿El qué?** —preguntó.

—Es una historia con moraleja —explicó Isabel—. Sobre una lechera que iba haciendo planes de futuro con el dinero que sacaría por vender la leche..., pero tan ensimismada iba que tropezó y la leche se derramó, yéndose al traste todos sus deseos.

—Pero yo no soy una lechera —replicó el chico, enfurruñado porque le habían echado la bronca.

—**Ains...** —suspiró Sergio guardando el décimo en la cartera, a buen recaudo, mientras se dirigía hacia el coche para volver por fin a casa.

**Al final no tocó nada** en el sorteo de la lotería de Navidad, «apenas un dinerillo para tajar agujeros y hacer alguna reforma en casa», como dijo su padre. Pedro seguía enfadado por la reprimenda. Sus padres siempre le daban la brasa con «esto no, esto tampoco», cuando él solo quería

coger el billete... ¡No era culpa suya que el viento casi se lo llevase!

Pero por fin llegó el día de Nochebuena.

Era una mañana fría, como había sido la noche, por eso Pedro se había acostado con calcetines. Pero al despertarse tenía frío en los pies, es más, ¡los tenía helados!

—**¿Dónde están mis calcetines?** —Se sorprendió al destaparse y mirarse los dedos de los pies—. Bueno, ya aparecerán...

Y acto seguido se levantó de un salto y caminó descalzo hacia la cocina para desayunar. Allí estaba Tomás, su hermano, enfrascado en un videojuego con la consola portátil y los cascos puestos. Isabel, su madre, estaba haciendo el desayuno.

—**Buenos días,** cariño, y feliz Navidad... ¿¡Por qué vas descalzo!? —Su madre cambió el tono rápidamente para reñirle.

—No sé, mamá... —dijo despreocupado Pedro.

—¿Y los calcetines?

—Se los habrá comido la cama —respondió sentándose delante de un cuenco en el que empezó a echar cereales.

—Vete ahora mismo a buscarlos o a ponerte unas zapatillas de andar por casa —ordenó su madre.

—Ay, mamá, cuando desayune...

—**¡Ahora!** —exclamó energética—. ¡Que te vas a constipar!

—¡Aaaaagh! —bufó Pedro levantándose.

Desde luego, no empezaba bien la mañana del 24. Al menos, cuando llegó la hora de sentarse a la mesa, disfrutó de una agradable cena con sus padres, su hermano, sus primos... Después de cenar cantaron con el karaoke de la consola canciones que a Pedro le parecían del siglo pasado mientras su hermano no paraba de jugar, esta vez con el móvil. Al verle, Pedro empezó a mosquearse; su hermano jugando en medio de la cena ¡y a él no le dejaban hacer nada! Ni siquiera en Nochebuena.



—Te dije que no te tomaras tantos polvorones... —La voz de Isabel sonaba realmente preocupada.

—Como vomites en el coche te bajo aquí y te vas andando a casa —dijo Sergio.

—¡Papá, te preocupas más por tu coche que por mí!  
—gritó Pedro, que tenía la cara un poco amarillenta por las náuseas.

—Porque el coche es más caro de limpiar que tú —bromeó su padre.

**Pero a Pedro no le hacía ninguna gracia.**  
Iban camino de un pueblo cercano en cuya plaza mayor habían montado un gigantesco árbol de Navidad y toda la familia quería verlo. Bueno, toda no, porque Tomás se había

quedado en casa jugando con un videojuego online, ya que, según él, «tenía una raid muy importante». Habían salido después de la comida de Navidad y Pedro, de postre, había comido más mantecados y polvorones de los que le permitían. Y ahora lo estaba pagando.

—**Papá...**, para un momento, creo que me encuentro mal... —murmuró con voz entrecortada el chico.

—Si paramos, se nos hará muy tarde para la hora de volver —explicó su padre.

—Pero me duele la tripa... —se lamentó.

—Coge esta bolsa y respira dentro para calmarte, cariño, en nada llegamos —dijo su madre.

—**¡Qué bolsaaaARRGH?** —A Pedro le dio una arcada seguida de un chorro de vómito que puso perdida la parte trasera del coche—. ¡BLEUUURGH!

—¡Pedro, te he dicho que en el coche no! —le gritó su padre.

—¡¡Te importa más el coche que yo!! —sollozaba Pedro sin poder contenerse.

—**¡Ya vale los dos!** —chilló su madre—. ¿Quién te mandaba comer tanto?

—¡Tú tampoco te preocupas por mí! —le recriminó Pedro, que pensaba que estaban siendo unas Navidades horribles.

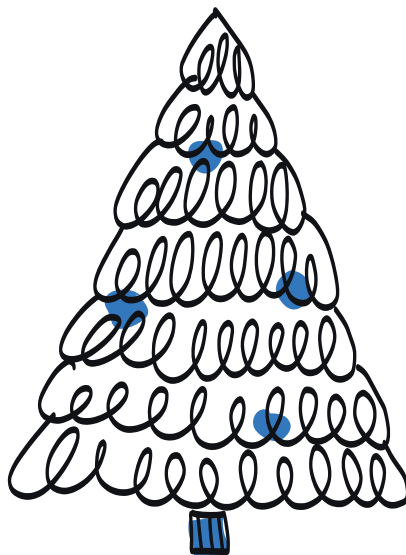
Unos días después, cuando llegó Nochevieja, Pedro creyó que todo se había calmado, y que no se acordarían de ninguna de las broncas que había tenido los días anteriores.

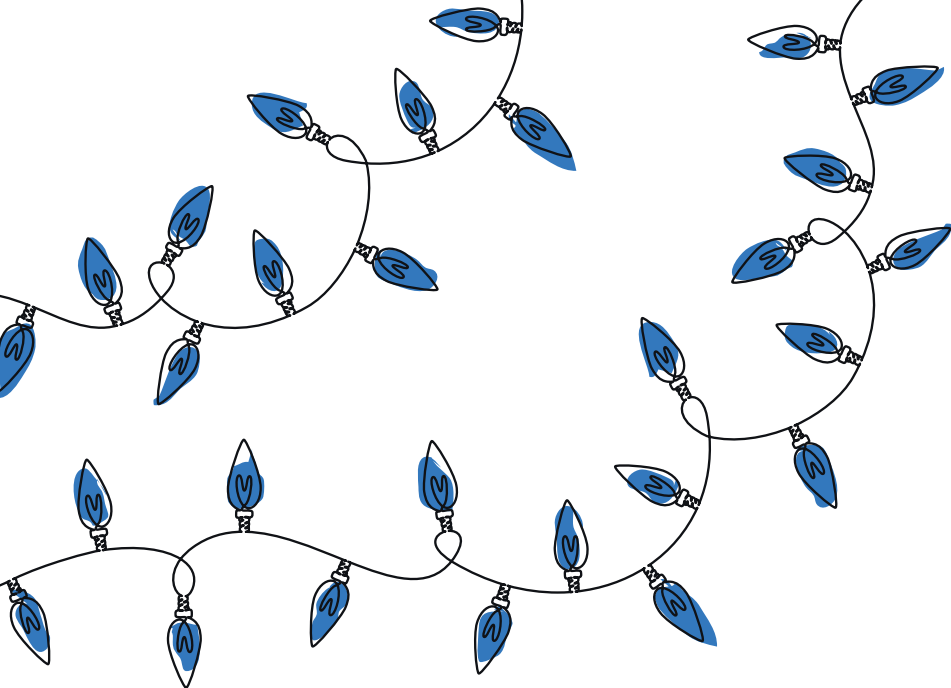
Pero nada más lejos de la realidad. Su padre sacaba el tema del vómito en el coche cada dos por tres, y él se enfadaba. Su madre intentaba aplacar las cosas, pero, claro, luego se acordaba de lo de los calcetines... Su padre sumó lo del boleto de lotería que casi pierde... y volvieron a echarle la bronca. Pedro pensaba que tenía los padres más tiquismiquis del mundo y que le reñían por todo, ¡aunque no fuera su culpa!

**Aun así**, la cena estuvo riquísima, con una mesa llena de jamón, queso y paté para picar, y una pata de cordero a la menta como plato principal. Después, llegaba el momento más esperado de la noche de Fin de Año: las campanadas. Lo que más deseaba Pedro era entrar en el próximo año con buen pie.

—**Va**, preparados, que vienen los cuartos —anunció Isabel.

—Tomás, mira las campanadas como todos, por favor —le riñó su padre.





—Yo me las voy a comer antes que nadie, ya veréis  
—anunció Pedro.

—Ese no es el cometido de las uvas —le reprendió su padre—. Hay que ir una a una con cuidado y...

—**¡Que ya empiezan!**

**DONG.**

—¡Me como dos y así adelante! —dijo Pedro con dos uvas en la boca.

**DONG.**

—Pedro, no hagas eso, te vas a ahogar —chilló su madre.

**DONG.**

—¡Ahora llevo tres en la boca! —se reía Pedro.

**DONG.**

—¡Pedro, come bien! —le riñó su padre.

**DONG.**

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Tengo la boca grande y me caben mogollón de uvas! —se reía Pedro metiéndose una detrás de otra, y mostrando unos carrillos hinchados, llenos de uvas.

**DONG.**

—¡Sergio, dile algo a tu hijo! —dijo Isabel, que había dejado de prestar atención a las campanadas y no le quitaba ojo a Pedro.

**DONG.**

—Ah, ¿ahora es mío solo? ¡Pedro, deja de engullir como un bestia! —Su padre también había dejado de comer uvas y ya estaba al borde del enfado.

**DONG.**

—Pero si estoy bien, ¡no pasa nada! AGH! —Con tantas uvas en la boca, Pedro se atragantó.

—¡Sergio, haz algo, que el niño se ahoga! —chilló Isabel.

**DONG.**

—¡Escupe, Pedro, escupe! —decía su padre dándole palmadas en la espalda.

**DONG.**

—No... puedo... respirar... —Pedro se estaba poniendo azul.

**DONG.**

—¡Haz algo! —Isabel ya estaba muy nerviosa.

—Preparados, tres, dos, uno... ¡YÁ! —Sergio agarró a su hijo, lo rodeó con los brazos y le apretó el pecho de golpe

hasta que consiguió que Pedro escupiera un montón de uvas a medio masticar por la mesa mientras se le saltaban las lágrimas.

**DONG.**

**«¡Feliz año nuevo!».**

—**¡Pareces tonto, Pedro!** —le reñía su padre.

—Nos has preocupado a todos... —dijo su madre sollozando mientras Pedro veía que su hermano no se había inmutado.

—Y encima nos has fastidiado las campanadas con tus tonterías —remató su padre.

—¡Yo no tengo culpa de haberme atragantado! —gritó Pedro levantándose y marchándose corriendo a su dormitorio.

—**¡Vuelve aquí!** —gritó su padre.

Pero Pedro no respondió y se encerró en su cuarto dando un tremendo portazo. Estaba convencido de que sus padres eran unos plastas, no le permitían hacer nada, y además parecía que él tenía la culpa de todo cuanto salía mal. ¡Incluso de atragantarse!

**Las vacaciones estaban siendo un asco  
y no se le ocurría peor manera  
de empezar el nuevo año.**



**IDONG! IDONG! IDONG!  
IDONG! IDONG!**

